

Transgresiones de la sensibilidad

Pruebas nada más

antorcha (los más benevolentes) o el guante (los más pendencieros) cómo y por donde les pareciese más oportuno.

“¿Pruebas de qué — podría haberse, le soplaron demasiado tarde desde la fila de atrás, preguntado — si la han pillado por sorpresa?”.

— Julianita; si me lo hubiera esperado... ¡la muy tonta!

Aunque, partiéndolas ahora en láminas finas, para tortilla, tan socorrida para sacarla del apuro ¡válgame Dios — a los cuñados y el matrimonio amigo —, pero quién esperaba tanto bueno por aquí! y que qué alegría que no se me olvide la cebolla, recuerda que la idea... ¿peregrina?, sí, es decir por supuesto que no... ¡Molestia! y que vaya bobada de idea, peregrina, que no había partido de la propia Juliana aunque quizá la prefiriesen sin cebolla, o no, como eso de los gustos es siempre tan personal.

Pruebas cuando qué más pruebas podría aportar o es que no veían, ustedes, lo extraña que se sentía con esa familiaridad, ella, sin saber dónde exactamente tenía que ir... este vaso (no, a la invitación claro que sí — cortando el hilo de sus pensamientos de nuevo aunque, y eso que no se quiere dejar ganar por el desánimo, con lo que sale rico de verdad es con congrio —, como si hubiera sido ayer) vestida así, de aquella guisa, con sus zapatos de tacón y sus medias finas pero usted no querrá rompérselas, ¿verdad?, gateando, valga la alusión, entre los setos y que, lo más a tono para la ocasión y para tantas otras ocasiones similares era algo un poco más... porque, sépalo, esto es nada más el principio, no ha hecho más que empezar, era un compromiso... “¿informal?”, sí, pero que estaba adquiriendo de por vida y, pues ahí... en ese armario, pero no te molestes, mujer, que ya lo pongo yo; que ya son ganas de estorbar tan a gusto que está ella recogiendo su cocina sola o, en plan un poco más cosmopolita, “de sport”.

Pero es demasiado — pensó, con un punto de hastío ante la perspectiva de una semana a caldo —, no sabía, ¿ambiguo?... Sí, ambiguo por lo menos, seguro, porque aun después de haberse puesto en el lugar de don Ildefonso era él, Felipe, demasiado joven y su madre mejor que nadie lo sabía para poder hacer suyos los recuerdos tan difusos y deshilachados del abuelo y, ella, Orfelina (que era posible que incluso él lo hubiera ya olvidado), por su parte, tan esquiva que no iba, así por las buenas y sin ofrecer la menor resistencia, a dejarse recrear por ningún otro por más que ese “otro” la hubiese visto nacer, como quien dice, cuando no levantaba dos palmos del suelo.

Transgresiones de la sensibilidad

Pruebas nada más

Procedía, por tanto, terminar decidiendo que no y mandarlos a jugar a la calle o definitivamente al pueblo si bien, y a la hora de la verdad, ¡anda, pero si entre las patatas había una!; sin podérselo creer y berreando hasta que... bueno, pues algo que aun con cebolla resumiendo os guste, y de mejor o de peor grado terminó por aceptar y que fuese, dijo, lo que Dios quisiera y «ya podéis ir poniendo los platos» ... y ya está.